

'Game, set and match'

Alain Duhamel, analista político (EL PERIODICO, 06/06/05)

John Major, el más obtuso y más torpe de los primeros ministros británicos, al finalizar una negociación europea particularmente ardua, hizo célebre su exclamación "*game, set and match*". Dicho de otro modo, el Reino Unido ha ganado la partida. En aquella ocasión, estas palabras fueron consideradas como una clara metedura de pata, de tan presuntuosa e inexacta como parecía la baladronada. En cambio, en la actualidad Gran Bretaña podría recuperar la fórmula con razón, aunque **Tony Blair** sea demasiado inteligente para hacerlo.

EL ÚNICO vencedor verdadero del referendo francés sobre el tratado constitucional europeo se llama, en efecto, Reino Unido. En Francia hay auténticos vencidos el conjunto de los partidarios del *sí*, y falsos vencedores, los partidarios del *no*. Los primeros tienen conciencia de su fracaso e incluso de su derrota, como no podría ser de otra forma. Los segundos viven la ilusión de haber ganado una gran batalla. Lo cual es falso si hablamos de los soberanistas de **Philippe de Villiers**, puesto que las numerosas transferencias de soberanía previstas por el tratado constitucional estarán ahora congeladas durante mucho tiempo.

En cambio, en el ala opuesta, los militantes de una Europa más social y menos liberal han conseguido una victoria engañosa. Son sinceros, imaginan haber detenido la deriva hacia ese modelo anglosajón que tanto aborrecen. Se equivocan por completo. La Europa que acaban de prohibir era más social que la Europa existente hoy en día y que, por mediación de ellos mismos, volverá a ocupar el mismo lugar durante muchos años.

El modelo renano de una Europa adscrita a la economía social de mercado acaba de sufrir un clamoroso fracaso, pero ello no irá en beneficio de una Europa socialista o altermundista, sino en beneficio de una Europa británica. Sin percatarse de ello ni por un momento, los vencedores del 'no' de izquierdas han rechazando unos progresos limitados que ellos tomaban por una regresión, han marcado en portería propia y les han hecho el juego a sus adversarios más enconados, es decir los auténticos liberales. Habrán ejercido de aprendices de brujo.

EL TRATADO constitucional admitía la economía social de mercado. Es perfectamente legítimo no mostrarse satisfecho, aspirar a otro modelo de sociedad y a otro sistema económico. Es paradójico recusarlo en beneficio de una lógica liberal combatida por el bando del *no* social. Ahora bien, eso es exactamente lo que sucede ahora. La Constitución Europea incluía, en su parte II, una carta de derechos fundamentales que la inmensa mayoría de los sindicatos y la totalidad de los partidos socialistas de Europa habían considerado como un claro progreso. Ahora pasa a ser caduca. La parte III recuperaba el conjunto de los tratados existentes y principalmente las políticas económicas de inspiración liberal: es la única parte de la Constitución que sigue aplicándose. Lo que era social y nuevo desaparece, lo que era liberal y antiguo permanece. Había medidas de reajuste: por haberlas juzgado insuficientes, los vencedores del *no* social consolidan la lógica liberal. Al principio, Gran Bretaña no quería una Constitución Europea. Y ahora está satisfecha. Seguidamente, posición de repliegue, se ha opuesto vigorosamente a la constitucionalización de la carta de derechos fundamentales. Ahora se ha salido con la suya y son sus enemigos declarados quienes le hacen este regalo inédito.

Por otra parte, la *prensa de Murdoch*, históricamente antieuropea, dogmáticamente ultraliberal, apasionadamente francófoba, echa las campanas al vuelo y aplaude ruidosamente sin dudarlo. El *no* social tricolor constituye una divina sorpresa para los euroescépticos británicos y los neoconservadores norteamericanos. Los primeros vilipendiaban un tratado constitucional que, en su opinión, era típicamente socialdemócrata, los segundos (principalmente la llamada derecha religiosa estadounidense) se ofuscaban con los valores de tolerancia y de solidaridad que contenía la carta social. Por una vez, unos y otros gritan "viva Francia".

Por supuesto, los vencedores del *no* de izquierdas no han dejado de proclamar que una renegociación permitiría, e incluso impondría, avances sociales mucho más ambiciosos de los que comportaba el tratado constitucional. Se ilusionan, algunos de buena fe, otros más cínicamente. Holanda vota *no*, pero sobre bases soberanistas y no sociales: seguirán los pasos de **Philippe de Villiers**, no de **Olivier Besancenot**, **Jean-Luc Mélenchon** o **Henri Emmanuelli**. Si Polonia y la República Checa también votan *no*, será porque el tratado les parece demasiado social y demasiado federalista. Si finalmente Gran Bretaña se decidiera a votar por referendo, lo que se expresaría sería un *no* liberal y soberanista.

ENTRE TANTO, es más que probable que la socialdemocracia de **Gerhard Schröder** haya sido batida por la CDU de **Angela Merkel**. Ahí también se reforzará el bando liberal. La idea, tan del gusto de **Marie-George Buffet**, según la cual Europa entera, conmovida y convencida por la audaz rebelión de Francia, le seguiría los pasos, que los refuerzos y las adhesiones se multiplicarían, no es más que una idea quimérica.

La izquierda francesa del *no* social ha asestado un duro golpe, quizá mortal, a la economía social de mercado, pero lo ha hecho en beneficio del liberalismo. Si llega un día de renegociación tardía y parcial, ésta se realizará sobre bases menos sociales y más liberales. El *no* tricolor ha aniquilado los sueños de la Europa francesa y ha colmado las esperanzas de la Europa inglesa.